

• Tu esclava soy yo, Mendoza, replicó Susana; no te engañas en pensarlo, porque es tan poderoso amor, que trueca los estados y los imperios, haciendo que sea por accidente lo que no fué por naturaleza. Yo estoy, si te digo verdad, muy afligida, y aun casi desesperada, viendo que la diferencia de tu ley me prohíbe el casarme contigo, y de lo que supe en España, de donde vine niña, conocí nuestro engaño, y por eso os amo tanto, que me ha dado esta inclinacion el principio deste conocimiento. Mas, pues ya mi poca dicha me puso en el estado que ves, y el de tu amor ha llegado en mi hasta dar con la razon en los piés de mi deseo, yo estoy determinada de hacerme dueño de cuanto soy, sin que tu hermano entienda mi desatino, no porque no debo fiárselo, y más sabiendo, como sabe, lo que te quiero, mas por vergüenza que tengo de que sepa mi poca honestidad, porque no me tenga en poco; que los hombres, en llegando á este punto, á la mujer más principal teneis en ménos, porque os parece que en perdiendo el privilegio de la castidad, somos esclavas vuestras, y que se puede atrever á nuestro respeto así vuestra osadía como vuestra lengua. • Mirándola estaba Mendoza, y no la respondia, porque hay palabras cuya respuesta son las obras. Fuéronse acercando más, y quedaron concertados para verse aquella noche despues del silencio de la familia. Bajó Mendoza adonde estaba don Félix almohazando un caballo bárbaro en

que andaba David por Túnez algunas veces, y sentóse enfrente dél, mirándole. Don Félix le dijo: « ¿Qué tienes, que vienes turbado y encendido? • Tornóte á mirar Mendoza, y luego bajando los ojos al suelo, dejó caer una tempestad de lágrimas por el rostro. Tan aprisa las llovía el sentimiento, « No es esto sin mucha causa, » dijo D. Félix; y dejando el humilde instrumento de aquella música, se acercó al muchacho y le levantó el rostro, desviándole los cabellos, que ya tenia revueltos y crecidos. « ¡Ay de mí, dijo Mendoza. Sr. D. Félix, que ha llegado nuestra desventura á su punto! porque Susana se ha declarado conmigo, y de suerte, que quiere que esta noche, en estando recogidos los criados, la hable con más secreto que hasta aquí, de que estoy cuidadoso, porque podria ser causa de vuestra muerte y la mia, entendiéndolo su padre. • Nécio has estado, respondió D. Félix, dándome sin causa este susto, que no merecia, porque en un instante de imaginacion he revuelto el mundo y ya que estoy sosegado, me he reido de tu ignorancia, pues aunque fuera bien resistir á está mujer y morir, el estado de nuestro cautiverio no da lugar, y mayor muerte nos espera si no le cumples la palabra; yo, á lo ménos, Mendoza, por no corresponder al deseo de una mujer, estoy fuera de mi casa y patria, y cautivo, como ves, con poca esperanza de mi remedio si se sabe quién soy, que no hay esclavo español que tope, de

quien no me esconda, temiende que ha de reconocermé. El ejemplo que te digo, me obliga á temer nuestra perdicion; mira que esta mujer es hebrea, y se acordará de la historia de José, si quieres imitarle; demás, que has hecho un yerro terrible, que fué condescender con su deseo, pues ahora que se ha declarado y tú aumentado su deseo, con la esperanza de la ejecucion, ha de revolver como áspid contra los dos, trocado el amor en odio. • Volvió á llorar Mendoza, y como no le respondia, le importunó D. Félix á que le interpretase, la causa de aquellas lágrimas, que ya parecian enigmas; que hay ojos que lloran en poesia culta. sin que se entienda más de que son lágrimas. Vencido Mendoza de los ruegos, y áun de las amenazas de D. Félix, dijo así :

• ¿Cómo quieres que yo cumpla la palabra que he dado á esta mujer, si yo lo soy, y estoy admirada de que en tanto tiempo no me hayas conocido? Felicia soy, aquella desdichada por quien mataste á Leonelo, que después de algunas fortunas que me costó su muerto, pasé á Italia con aquel soldado, y de allí á Flandes, donde me dejó en tu servicio cuando se fué á Clèves. • Admirando estuvo un rato D. Félix sin responderla, al fin del cual le dijo : • No te espantes, Felicia, que no te haya conocido, que aunque te visitaba, no te veia ; tan aprisa miro yo los rostros de las mujeres de mis amigos. • ¡Oh palabras dignas de estar es-

critas con letras de oro en mármoles, para que aprendiera la bestial ignorancia de algunos hombres el respeto que debe á la honra la amistad y el buen nacimiento á la obligacion! Que hay hombres cuya liviandad no sabe distinguir la honra de la infamia, ni el apetito de la razon, de que suele resultar tanta discordia y algunas veces tanta sangre. Creo que no le agrada á vuestra merced esta devocion con el deseo de saber en qué se concertaron D. Félix y Felicia para remediar tanto mal como les amenazaba. Finalmente, salió de acuerdo, que á tales horas fingiesen que se quemaba alguna parte de la casa de poca importancia por algun descuido, para que, alborotándose la familia, quedase el cumplimiento de la palabra suspenso, hasta que con más tiempo le tuviesen para mayor remedio. Hicieronlo así, y cuando Susana esperaba y Felicia llegaba á sus brazos, dió voces D. Félix, habiendo encendido un pajar que aparte de lo principal della caía á espaldas del huerto. Dejó Susana los brazos de Felicia, y puesta á una ventana, llamó su gente lo que no era necesario, porque no sólo la de su casa estaba ya inquieta y prevenida, pero la de toda la vecindad, que, acudiendo con cuidado, aunque fué más de lo que pensaron, remediaron el fuego, y el del amor de la poca honesta hebrea quedó más encendido. No se descuidó de solicitar á Mendoza, aunque él se descuidó de ponerse

en ocasion que le volviese á pedir la palabra; de suerte que á tres ó cuatro dias de dilacion, que amor tan mal sufre, vino David, su padre, y quedaron en paz los cuidados de todos, aunque de su parte los deseos. Mas la fortuna de los hombres, que en comenzando á perseguir un sujeto, parece mosca, que vuelve más importuna donde más la espantan, y de quien en razon de su mudanza dijo Ovidio :

« Voluble la fortuna con dudosos  
Pasos camina, sin tener firmeza  
En un lugar jamás; »

quiso que viniendo un día D. Félix de la plaza con su amo David, le topase un moro mal acondicionado, arrogante y presumido de caballero, y deudo del infame original de su engañada secta, como lo mostraba en el turbante la señal verde, y le dijese por desprecio que le llevase á su casa una sera de dátiles que habia comprado. Miró David á D. Félix, y él, en un instante, olvidado de que habia de fingir flaqueza, se la puso al hombro. Dióle Amete Abeniz, que así se llamaba el moro, dos coces, y repujando la sera, se la derribó del hombro, maltratándose con el golpe, porque era de palma muy delgada, de que recibiendo mayor cólera, le dijo : « Cristiano, cárgasela á ese hebreo. » « Fende, respondió D. Félix, que debe de querer decir señor amo ó dueño, yo te la evaré adonde tú quisieres, que David está

muyo viej y con poco salud. » « Perro cristiano, replicó Amete, por Mahoma, que te rompa los dientes, y á él le quite la vida. » « Repórtate, Fende, » le volvió á decir D. Félix. Advierta vuestra merced que no repito otra vez este nombre, porque me huelgo de hablar arábigo, sino por no exceder de las palabras desta ocasion, así me precio del rigor de la verdad, á ley de buen novelador. Encendido Amet en ira, quitó un baston á un moro que pasaba al campo, y dió un palo á David, con que cayó en el suelo. Parecióle á D. Félix que aquel era su amo, y que en fin, por buena ó por mala posesion, comia su pan, demás de no haberle jamás maltratado de obra ni de palabra; y desviándole el palo al moro, con que le iba á dar de segunda ira le que faltaba para matarle, le dió una puñada en los pechos de las que él solia, con que le dejó por dos horas sin habla. Aquí acudieron multitud de moros, como á la mayor causa de atrevimiento que jamás habian visto; pero D. Félix, sin querer tomar armas de piedras ó palos con que le embistieron, á solas puñadas y mogicones hizo mayor defensa que pudieron con armas diez y seis hombres; al que cogia del cuello arrojaba de sí por largo trecho, y adonde caia se estrellaba; al que daba mogicon bañaba en sangre y quitaba la vista de los ojos. Pero ántes que pase de aquí, le quiero preguntar á vuestra merced si acaso sabe, pues es persona que

conoce á Ciceron, á Ovidio y á otros sábios, y se puede hablar con vuestra merced en materia de definiciones y etimologías, ¿porqué dijo el castellano *mogicon*? que á mí me ha costado algun estudio, como á hombre que no se ha despreciado de su lengua, que bien sé yo que un culto le llamará afirmacion de paño clauso en faz opósita con irascible superbia. Pues sepa vuestra merced que no está dicho sin propiedad notable, y es la causa que antiguamente los que querían dar una puñada rociaban y mojaban primero la mano abierta escupiéndola, y luego le sacudian, de donde vino llamarse *mogicon*, que quiere decir con mojado paño. Esto no le ha topado vuestra merced en el *Tesoro de la lengua castellana*, para que vea que es razon estimarla en su pureza, pues hasta cosas tan viles no los tiene sin causa.

Finalmente, quedaron algunos moros tan mal tratados desta furia de D. Félix, que en casa de su amo se llamaba Rodrigo, que se determinaron matarle á escopetazos. Cargó un mosquete un soldado de la guarda del Rey, y habiéndole tirado, mató á un compañero suyo, que se daba á entender que podria prenderle; y juntándose muchos con diversas armas, que á todas se ponía delante su fortuna hubieran acabado con su vida, si no se hubiera retirado hácia la puerta de una mezquita, de donde salia entónces Sáfarræz, su Rey ó Alcaide, puesto por el

Gran Turco, que esta manera de reyes, como vireyes entre nosotros, usaron los moros en los tiempos de Miramamelin de Marruecos y Almanzor de Córdoba, y así habia reyes en Alcalá, en Jaen, en Ecija, Murcia y en otras partes de las Españas que poseian por la inundacion de los árabes en tiempo de los godos. Pues como el Rey viese las grandes fuerzas y excesivo ánimo de aquel esclavo, interpuso su autoridad entre su vida y su muerte, con que cesaron todos. Mandóle llamar á su alcázar, y cuando le tuvo á solas, le dijo que le dijese quién era y que mirase que á los reyes se habia de decir la verdad; que le daba su palabra de favorecerle y conservar la vida que le habia dado. Entónces le respondió D. Félix: « Señor, yo soy caballero de los Guzmanes de España, aunque aquí, temiendo que mi rescate fuese imposible, dije á mi dueño que me llamaba Rodrigo y que era hombre bajo, de los que allá tienen el estado más infimo de la República entre la plebe; pero lo cierto es que yo tengo la calidad que digo, y fieda en tu real palabra, mi propio nombre es D. Félix de Guzman, á quien desde la batalla naval llaman el Bravo. Yo rendí en Lepanto la galera sultana, donde iba por capitán Adamirbajá, hombre no tan conocido entre vosotros como Uchali y Barbaroja, pero más valiente y de mejor consejo; cautivé en el mar de Lalia derrotsdo, pues por tomar á Malta, di por el Peñon de Velez, casi en el canal de

Túnez. Comprome David, hebreo, con otro hermano mio; el tratamiento que nos ha hecho y el pan que he comido en su casa me obligan á su defensa, porque Amete le hubiera muerto á palos si yo no hubiera opuesto á tan gran soberbia, defendido su vida; infórmate de moros honrados que lo hayan visto, y si hallares que no te digo verdad, almenas tiene Túnez, alabardas tus soldados, para quien no valen fuerzas.»

«¿Qué, tú eres, dijo el Rey, Guzman el Bravo, el de las grandes fuerzas, el matador de fieras y el alanceador de toros? Pues mira cuánto has ganado en decíme verdad y tenerme por hombre que guardo la palabra, que, fuera de mi inclinacion á tu persona y admiracion á tus hechos, no he de consentir que te hagan estos moros agravio, ni que perdias la libertad que tan bien mereces, si no es que te quieras quedar aquí conmigo, donde te aseguro toda amistad, ó sea en tu ley ó en la mía, que la ley no se ha de tomar forzada, sinó voluntariamente; mas déjame ahora hacer alguna demostracion de enojo contigo por estos moros agraviados que se quejarian al Gran Señor si te dejase libre.» Con esto, le mandó llevar á una mazmorra de sus baños, donde avisado David, hizo tanta diligencia con el dinero, que es el mejor favor para la cárcel, que le pudo regalar con Mendoza, que iba y venia á la mazmorra con la comida, y se estaba con él todo lo que le sobraba de su

servicio, aunque con disgusto de Susana, que aguardaba las primeras ferias, para que, ausente su padre, pudiese ejecutar las ansias de su deseo donde no podia.

Agradecía D. Félix la voluntad de Felicia, que como se habia declarado per quien era, andaba más solícita de conquistarle que de agradecer á Susana el amor que la tenia; cosa que pienso que le será á vuestra merced de creer muy fácil. Los moros pedian la vida de D. Félix; llamó el Rey á David, y le dió dos mil cequíes, diciendo: «Compra de los quejosos ese esclavo, repartiéndolo en ellos este dinero, y tráemele aquí, que yo te haré merced y te defenderé lo que estuviere en Túnez.» Hizolo así David, y ellos tomaron el dinero con mucho gusto, porque temian que el Duan, que debe ser como acá el Consejo, le estaba inclinado, y en esta manera de estrados, al fin bárbaros, no hay más procurados, relatores, solicitadores y escribanos que lo que dicen de palabra los testigos, y acabáronse las leyes; por lo ménos el culpado muere de una vez y el inocente se libra. Encerróse Salarraez, Rey de Túnez, como digo, en un jardin con don Félix, y le dijo así:

«Cristiano, caballero eres, Guzman te apellidas, Bravo te llaman, oye: tiene una hija un jeque de los alarbes que viven las campañas en aduares ó tiendas, de las más hermosas mujeres que ha producido el Africa; esta habemos pretendido el Rey del

valle de Botoya, no léjos de Melilla, y yo, con grandes servicios personales y extraordinarios, y finalmente, pedido en casamiento. Sabiendo su padre que en dándola al uno, había de ser el otro su enemigo, la niega á entrambos, ó por lo ménos dice que nosotros nos concertemos, que él no puede dividirla. Ha sido este caso tan reñido, que hasta el cristiano general de Orán ha interuesto á las paces su persona, y el gobernador de Melilla con seguro las ha tratado algunas veces. No pudiéndo concertarnos, porque yo pierdo el juicio per Lela Fátima, y juzgo que á Zulema sucederá lo mismo si habrá seis dias que me ha escrito este papel (y sacóle entónces) en que me desafia cinco á cinco, con lanzas, adargas y alfanjes á caballo, como es uso nuestro, donde si fuere vencido, dá la palabra de cesar de la pretension, haciendo yo lo mismo si él me venciere. Yo tenia escogidos los moros, y aunque de todos quatro tengo satisfaccion, se me ha puesto en el entendimiento que si te llevo disfrazado, serás bastante solo, pues no te han de conocer, y ya sabes mucho de nuestra lengua, si bien dudo que en este género de armas no estés ejercitado. » Si estoy, dijo D. Félix, y para que te asegures, mañana al amanecer saldremos los dos al campo, y me verrás ejercitar la lanza y el adarga, arremetiendo, cercando ó retirando, ya sacando el alfanje, derribando la adarga, ya sin él, tomandola por el cuento, con otras

gentilezas. » « Eso hasta, dijo el Rey, no es menester á tí verte, sinó oírte. » Replicó entónces D. Félix: « Pues prueba á doblarme este brazo con entrambas manos. » Hizolo así el moro, pero era lo mismo que querer doblar una columna de mármol. Con esto y el secreto necesario, el dia aplazado vistió el Rey á D. Félix de una marlota ó sayo morado, guarnecido de oro, con un gran número de botones tan pequeños, que apenas se veian, sobre una cota que habia sido de su padre, tan resplandeciente, que parecia de plata, atada con una liga roja, que el mismo sayo descubria, porque sólo estaba abotonado hasta la mitad del pecho, y descubriendo las mallas de las mangas; el calzon era de brocado morado con alcahofas de oro y las guarniciones de perlas; el bonete ora de grana de Valencia, con cien varas de bengala sutilisima, armado sobre un casco de acero, y coronado de plumas moradas y blancas; los borceguíes de Marruecos, y los alicates de plata nihelados de oro; el alfanje, como media luna, en un tahali tejido de tan espeso aljófar, que no se vía sobre qué estaba fundado. Si está vuestra merced diciendo que de cuál de los moros del romancero lo he sacado, no tiene razon, porque los otros estaban en Madrid ó en Granada, y éste en medio de Túnez con una lanza de veinte y cinco palmos, que aquí no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una *E* arábiga en medio, que á la cuenta,

pues no podia decir Francisca, diria Fátima. Todos me contaron que iban desta suerte, y aunque los caballos no eran morados ni azules, bien podia ser que estuviesen celosos; á lo ménos yo excuso de decir aquí lo que escribió un cierto caballero á un señor, enviándole dos caballos para una fiesta; « Ahí envío á vuestra merced esos rocines, y le suplico que los trate como quisiera que le trataran si fuera rocin. » Finalmente, salieron á la campaña, y se vieron cinco á cinco, llamados de dos clarines. El Rey de Botoya y su escuadra habia vestido grana con pasamanos de oro; y cierto que si, como era la música de clarines, fuera de instrumentos, podian servir en una fiesta con gran lucimiento. La batalla se comenzó jugando bizarramente las lanzas y las adargas, cuyos botes no pinto, pues ya vuestra merced ha visto un caballero de Orán los días de toros en la plaza, tan airoso, aunque de más edad que pide el ejercicio de las armas, como si estuviera en lo florido de sus primeros años. Mataron los de Botoya á Tarife, Belomar y Zoraide, quedando solos el Rey de Túnez y D. Félix, sobre quien cargaron los cuatro, porque Zulema y él se entretenian. Derribió los dos primeros á lanzadas, pienso que se llamaban Jarife y Zelimo, al otro mató el caballo, y queriéndose huir entrambos, los fué siguiendo: mas revolviendo el uno diestramente, le atravesó la lanza al caballo por los pechos, y cayó en la

tierra muerto, que ya bermejeaba de su sangre. Quedaron en tierra Baloro y D. Félix, porque Mahamed iba desatinado entre unos árboles, porque le habia D. Félix hecho pedazos las riendas; aunque arrojándose dél con destreza alarbe, volvió donde Baloro y D. Félix peleaban. Era Baloro un bárbaro, hijo de negra y turco, feroz de aspecto, nervioso y corpulento; recibia con destreza los golpes en la adarga, y jugaba el alfanje que era de catorce libras, como si fuera pluma. He hallado en Lucano, no léjos del principio del libro séptimo, donde describe la gente que llevaban los dos campos de Pompeyo y César, este verso:

• Movieron los valientes españoles  
Sus adargas tan bien... •

Y dígoselo á vuestra merced para que sepa cuán antigua cosa es la adarga en España, tomada de los africanos, cuya fué siempre, como se lee en Livio. No le pesó, con todo eso, á Baloro de la venida de Mahamed, así eran desatinados los golpes de D. Félix. Salarraez, que le vió en tierra pelear con dos moros, ó ya fuese por amor que le habia cobrado, ó porque si le mataban le quedaban tres que vencer, á cuyas manos era fuerza morir, arremetió el caballo á desbaratar con la lanza la pelea de dos á uno. Levantó el rostro D. Félix entónces, y dijo en lengua arábica: « Rey de Túnez, mata á

Zulema, que estos dos ya están muertos. Con esto volvió el Rey la rienda á recibir á Zulema que, mal herido, volvía á seguirle, aunque con poco aliento. Esforzó el suyo el valeroso Guzmán, trayendo á la memoria el apellido de Bravo, y como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró á entrambos, que habiéndose adargado mal el mancebo Mahamet, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos, midió la tierra Baloro, que le quedada solo, quiso vengar la muerte de tres amigos, y se le acercó tanto, que fiado en sus fuerzas, se abrazó con D. Félix, seguro de imaginar que habría en el mundo quien igualase las suyas; pero engañóse de suerte, que levantándole D. Félix en alto, como Hércules al hijo de la Tierra, cuya victoria escribe Sófoeles, se le volvió á restituir, pero de manera apretado, que le faltaba, cuando llegó al suelo, gran parte del alma. Mientras quería animarse Baloro, había ya tomado el alfanje D. Félix, y aunque como culebra se revolvía á unas y á otras partes, le hizo pedazos á cuchilladas, y le dejó como suele quedar en la sangrienta plaza á las manos del vulgo el fiero toro. Luego partió á ayudar al Rey con tanto ánimo y valor como si entonces comenzara la batalla; pero viéndole Zulema, y que á sus manos yacían sus cuatro valien-

tes moros revueltos en su sangre, dijo en altas voces que se rendía, y usando Salarraez de grandeza de Rey, aunque era bárbaro, le perdonó la vida, tomándole solamente el alfanje y la adarga. D. Félix quitó á los muertos las que por la campaña habían esparcido, y cogiendo el caballo de Mahamet, le ató una liga, y con estos despojos y grandes favores del Rey dió á su lado la vuelta á la ciudad, donde causó admiración el verlos, porque de la batalla no se había tenido noticia; que á saberse, apareciera sobre la caliente arena de aquel campo el anfiteatro de Roma. Felicia, que le había echado de ménos, cuando supo el suceso, fué á buscarle, y con tiernos abrazos y grandes encarecimientos celebró su victoria. Grandes partidos hacia Salarraez á D. Félix porque se quedase en Túnez á su servicio; pero conociendo, como discreto, que le tenia con disgusto el amor de la patria, solo quiso detenerle hasta celebrar sus bodas con la hermosa Fátima, en las cuales fué admirada su gentileza de toda aquella tierra, que como á prodigio de la naturaleza, venían á verle; ninguno jugó caña con mayor gracia, ni hizo mayores pruebas de sus fuertes brazos. Tratóse la partida, y procediendo el Rey generosamente, le dió muchas riquezas, así de diamantes y perlas como de otras diversas piezas de plata y oro. Lloraba Susana la partida de Mendoza, y despidiéndose della para partirse á España con D. Fé-



lix, le dijo que era mujer en secreto, con que en un instante la curó del mal de amor, como si fuera milagro. Dió David, agradeciendo la vida, á D. Félix un rico presente de telas, sedas y joyas; Susana á Félícia un hilo de perlas de valor de setecientos escudos, porque eran netas, iguales y redondas, y con muchos abrazos y lágrimas se despidieron todos. Salieron al mar, dejando la ciudad, que un tiempo fué tan famosa por Micipsa, que la pobló de griegos, aunque hoy debe de tener poco más de ocho mil fuegos, si bien conserva en las historias la fama de haber sido cabeza de la antigua Numidia, que cae entre la Libia y el Atlante, donde Cartago merece eterna memoria, y la tragedia de Sofosniba; y navegando con más felicidad, saludaron á España.

Estuvieron algunos dias más en Cartagena, desde donde escribió D. Félix á su casa, y en Múrcia le alcanzó respuesta, en que le daban cuenta como era señor de su casa, porque su hermano mayor habia muerto sin hijos. Aquí mudó traje Mendoza y se llamó Felicia. Desde Múrcia la trujo D. Félix á un lugar de Extremadura, donde era natural su padre, y la casó con un hidalgo pobre y de buen talle, dándole seis mil ducados de dote, con nombre de prima suya, lo que él creyó fácilmente, porque se tenia noticia de su buen nacimiento. Grandes dudas le quedarán á vuestra merced del amor de Felicia y los desdenes de Gusman el Bravo, por-

que parece que en tierra de moros, con tanta privacion y soledad, y habiendo sido la compañía de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos que ingratitud no corresponder á su voluntad. Prometo á vuestra merced que no lo sé, y que en esta parte sólo puedo decir que el trato ha juntado en amistad animales de géneros diferentes á despecho de la naturaleza, y que ningun hombre debe fierse de si mismo, de que tenemos tantos ejemplos. El Dante escribe de aquellos dos cuñados que se amaban, sin osar declararse, por ser el incesto tan enorme y el hermano tan gran príncipe, y como siempre estaban juntos, leyendo un dia los amores de Lanzarote del Lago y la Reina de Ginebra, como él lo dice en su *Infierno*, en persona de la miserable dama

• Y leyendo nosotros por deleite  
De Lanzarote la amorosa historia,  
Encendidos de amor, nos declaramos. •

Y el Petrarca hace memoria dellos en el capítulo III del *Triunfo del amor*, diciendo :

• Y los dos de Arimino, que van juntos,  
Haciendo un triste y doloroso llanto. •

Porque fué el hermano que los mató Príncipe de Arimino.

Fué muy bien recibido D. Félix en su patria, porque llegó á ella, después de mu-

chos deseos, ríbo, gallardo, galán y en lo mejor de sus años. Llevóse los ojos del vulgo, mayormente de los que tenían necesidad de su favor, porque con todos era liberal, de suerte que jamás llegó necesidad á sus oídos que saliese desconsolada; remediaba pobres, deshacía agravios, concertaba paces y no había en toda la ciudad quien para cosa que intentase le perdiese el respeto. De la república de estudiantes era D. Félix tan adorado, que en versos latinos y castellanos celebraban á porfía sus acciones, y con tan apasionado afecto, que si alguna vez corría en fiesta pública, decían todos á voces: « ¡Viva D. Félix! » y era tenido por envidioso el que faltaba á esta voz común, por circunspecto que fuese.

Era valiente justador, y de suerte firme y cierto, que no había hombre que midiese con él las armas en la Tela. Armábase muchas veces de piezas tan pesadas, que no las podían mover las fuerzas de dos hombres, y echándose con ellas en el suelo, se levantaba de un salto con ligereza increíble. Buscaba caballos desbocados y que nadie quisiese subir sobre ellos, y en éstos se ponía, y los domaba y sujetaba con la fortaleza de las piernas, de tal manera, que parecía que le temblaban, y trasudados y encogidos, se le rendían; jugaba dos espadas y dos mazas con notable gallardía y destreza, y en medio desta fiereza y valentía, escribía y hablaba tiernamente.

Descuidado de la fuerza y violencia de amor D. Félix, y seguro de la fortuna en su patria, el que tan fuerte había nacido y tanta libertad profesaba, se rindió á un niño, pero niño tan antiguo, que no se llevan él y el tiempo dos horas en tantos años. ¡Qué bien pintó Alciato su fortaleza, ó ya enfrenando leones, ó ya rompiendo rayos!

• De los aligeros rayos

Rompe el amor el rigor,

Porque es más fuerte el amor. •

Era Isbella gentilísima dama, y hermana de un valiente caballero, que se llamaba Leonardo, de lo más noble de aquella ciudad, y aún de España. Guardábase D. Félix de ser entendido, y gobernando su secreto con prudencia, conquistó honestamente su voluntad para merecerla en casamiento, no se alargando á más que hablar con los ojos, y con ocasion de otras damas de su calle darle algunas músicas, entre las cuales una noche cantaron así; porque vuestra merced descanse de tan prolija prosa en la diferencia de los versos:

• En estos verdes campos

Que Manzanares riega

Con agua de mis ojos,

Que suya no la lleva;

En estas soledades,

Donde á mis dulces penas

Ayudan ruseñores

Con amorosas quejas;

Entre las secas ramas  
Desta bárbara selva,  
Que há mucho que le falta  
Su amada primavera,  
Y sólo un ciprés crece,  
Por árbol de tristeza,  
Que en imitar la mia  
Presume competencia :  
Me quejó, hermosa Filis,  
De amores de tu ausencia ;  
Que lo que está más léjos  
Se quiere con más fuerza.  
;Ay, mar de España, digo,  
Si pisa tus riberas  
Aquella labradora  
Que fué la gloria destas !  
Así, de más corales  
Que hay en tu playa arenas,  
De Barcelona insigne  
Dos muros enriquezcas.  
Que el día que más fiero  
Y con mayor soberbia  
Laven tus claras ondas  
La cara á las estrellas,  
Le digas : « Bella Filis,  
Esto llaman tormenta  
Ausentes de su patria  
Que por el mar navegan ;  
» Pero las que padece  
Quien ama y quien desea  
El puerto de tus brazos,  
En más rigor le anegan.  
» Tú cuando empines aguas,

Como nevadas sierras,  
Y caigas de tí mismo,  
Donde deshechas mueran,  
» No igualas con los montes  
De celosas sospechas,  
Por más seguridades  
Que Filis me prometa.  
» Permite que mis ansias  
A tus arenas venzan ;  
Mas ya no las tendrás  
Si las convierte en perlas.  
» ;Ay, Dios! hermosa Filis,  
;Qué pastor me dijera,  
De muchos, que en el Tajo  
De adivinos se precian,  
» Que donde España acaba  
Y el fiero mar comienza  
Llegarán tus estampas  
Y mis amargas quejas?  
» ;Ay Dios, si te acordases  
Que en estas alamedas  
Bañaba yo tu rostro  
Con lágrimas tan tiernas,  
» Y que oyendo al mío  
Del tuyo algunas dellas  
Pensaba yo que tristes  
Lloraban las estrellas !  
» Aquí te despediste,  
Y aquí morir me dejás,  
Que yo no tengo vida  
Para que á verte vuelva.  
» Si tardas, Filis mia,  
La muerte está más cerca ;

Que á los que viven tristes  
La muerte los consuela.

Esta música, aunque con letras fuera de propósito, y escritas á diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo de que D. Félix festejaba á su hermana, que es lo que ahora llaman galantear entre los vocablos validos, que cada tiempo trae su novedad. Enfadóse, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso á Isbella con algun sentimiento suyo en un monasterio. Mas negoció D. Félix en esta diligencia de Leonardo de lo que prometió él haberlo entendido, porque Isbella, viéndose empeñada, aunque no habia dado ocasion, inclinó su ánimo á ser mujer de D. Félix, y tratándolo por medio de personas nobles, salió del monasterio y se casaron. No hizo á esto Leonardo mucha resistencia, así por la condicion de D. Félix, como porque, siendo prudente y discreto, conoció que no se podia impedir el matrimonio en dos voluntades iguales, por aquella máxima de que el hombre no aparte lo que Dios junta. Creció tanto la opinion de don Félix, llevándose las almas de ciudadanos y estudiantes, con tanto aplauso y vitores, que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad, se juntaron á matarle, y aunque un paje le dió aviso deste pensa-

miento, no quiso prevenirse ni guardarse, y así le dieron entre muchos más de cuarenta heridas, hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron á Isbella sin esperanza de vida. Aquí entra bien aquella transformacion de un gran señor en Italia, que leyendo una noche en *Amadis de Gaula*, sin reparar en la multitud de criados que le miraban, cuando llegó á verle en la Peña Pobre con nombre de Valtenebros, comenzó á llorar, y dando un golpe sobre el libro, dijo: *Maledetta sia la dona che tal te ha fatto pasare*. Pues no se desconsuele vuestra merced, que ya D. Félix está con valesciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza del ánimo detuvo la vida, que en otro era imposible, no sin admiracion de la naturaleza. Viendose, pues con ella, hizo una noche fijar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció á la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con vistoso penacho pajizo, leonado y blanco; el tonelote y calzas bordadas de las mismas colores, oro y plata; botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada, y en una rodela de acero que de un árbol pendia con tres ligas pajizas, leonadas y blancas, un cartel de desafio. Ponia terror D. Félix en la postura que estaba, levantada la visera, por donde solo descubria los airados ojos y los bigotes negros, como rayos de luto de las muertes

que amenazaba. Allí estuvo ocho días, sin que saliese caballero á la palestra y arena, como los antiguos decian; al cabo de los cuales vino un criado suyo armado á caballo, y tocó en la rodela que tenia el desafío. Salió D. Eélix de la tienda y corrió tres lanzas con este hidalgo, y rompiendo en la última la lanza, volando los astillas por el aire, hizo temblar la tierra. Lleváronle á su casa acompañado de toda la ciudad, entre muchos instrumentos de guerra, parabienes y vítores, donde estuvo algunos días, al cabo de los cuales dieron cuenta al Rey de las Españas algunos envidiosos de aquel público desafío, aunque cierto que virtud tan grande debiera carecer de envidia; y le culpáron asimismo de que se queria alzar con aquella ciudad insigne. Fué pesquisidor á esta averiguacion, y como nunca á la envidia le faltaron testigos, fueron tales los que hallaron, que le sentenció á cortar la cabeza en cadahalso público, y le trujó para este efecto á la córte. Pero teniendo noticia deste tan gran caballero y de sus partes el excellentísimo señor don Luis Enriquez de Cabrera, Almirante de Castilla, Duque de Modina y Conde de Modica, abuelo del que ahora posee su ilustrísima casa tan dignamente y con tantas partes de generoso príncipe, le fué á ver á la cárcel, é informado de su valor, y habiendo leído una cédula que tenia del señor don Juan de Austria, certificación de la hazaña con que rindió la ga-

lera ya referida, se le aficionó tanto, que pidió á su majestad su vida; el cual, no ménos inclinado á su valor, y sabiendo que nunca está sin enemigos, se la otorgó, con condicion que no pudiese entrar en aquella ciudad. Fuése á vivir á sus lugares, que no estaban léjos della, aunque después, con el favor del mismo señor, que tomó su proteccion por empresa digna de su grandeza, le restituyeron la libertad de gozar su patria, donde yo le conocí, si bien en sus mayores años, pero con el mismo brio, porque el defecto de la naturaleza del cuerpo no ofende el valor del ánimo. Este, señora Marcia, es el suceso de Guzman el Bravo; si á vuestra merced le parecieren pocos amores y muchas armas, téngase por convidada para el *Pastor de Galatea*, novela en que hallará todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y á lo que puede llegar una pasion de celos, bastardos suyos, hijos de la desconfianza, ánsia del entendimiento, ira do las armas é inquietud de las letras; pero no será en este libro, sino en el que saldrá después, llamado *Laurel de Apolo*.

FIN.